



ISBN: 978-607-02-0409-8

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iisue.unam.mx/libros

Arturo Torres Barreto (2008)

“El valor infinito de cada momento y el diseño formal de
los ciudadanos: la enseñanza de la historia y del civismo
según Jaime Torres Bodet”

en *Cátedras y catedráticos en la historia de las universidades
e instituciones de educación superior en México. II.*

De la ilustración al liberalismo,

María de Lourdes Alvarado, Leticia Pérez Puente (coords.),

IISUE-UNAM, México, pp. 275-289.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

**El valor infinito de cada momento
y el diseño formal de los ciudadanos:
la enseñanza de la historia y del
civismo según Jaime Torres Bodet**

Arturo Torres Barreto

Escuela Nacional de Estudios Profesionales-Acatlán-UNAM

DOBLE BIOGRAFÍA

Jaime Torres Bodet nació el 17 de abril de 1902 en la ciudad de México. Su padre, el empresario teatral Alejandro Torres, y su letrada y sensata madre, Emilia Bodet, le procuraron un ambiente familiar excepcional para su desenvolvimiento intelectual, cultural y artístico. En cierta entrevista comentó que su madre le había enseñado desde pequeño a preferir las dificultades a los placeres, las privaciones a los excesos. Cuidó de sus aprendizajes, aficiones y lecturas, pero su vigilancia no la ejerció en términos absolutos, pues cultivaba la pedagogía del estímulo, no la de la sanción. Al parecer, el sentido profundo del deber que su madre supo inspirar en él lo inclinó a sentir desde muy joven la necesidad de una disciplina, pero no la externa impuesta por el *magister dixit*, sino la plenamente aceptada para afrontar los desafíos que la vida le deparaba.¹

Torres Bodet ocupó el puesto de secretario de Educación Pública durante nueve años, los últimos tres de la presidencia Ávila Camacho y los seis completos de la de López Mateos. También estuvo al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores en parte del periodo presidencial de Miguel Alemán, entre el 1 de diciembre de 1946 y el

1 Elena Poniatowska, "Las enseñanzas de Torres Bodet I", en *La Jornada*, México, 5 de mayo de 2002, p. 5a.

30 de noviembre de 1948. Se desempeñó, asimismo, como secretario general de la United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO, por sus siglas en inglés) de diciembre de 1948 a noviembre de 1952, y realizó competentemente funciones de embajador de México en Francia, de 1954 a 1958. Además de diplomático y funcionario público, Emanuel Carballo estima que fue el último gran secretario de Educación y Relaciones Exteriores “que ya quisiera para un domingo el pan”;² se le valora tanto por haber sido un decoroso poeta y literario y uno de los mejores oradores de México, como por su estatura de humanista, similar a la de Alfonso Reyes o de Octavio Paz. A quien fuera académico de la Lengua y miembro del Colegio Nacional poco se le recuerda por ocuparse de reseñar en *Revista de Revistas* muchos estrenos del cine mudo, labor que le confiere el título de ser uno de los primeros críticos cinematográficos del país.³ La tarea de dar a conocer en México a importantes autores franceses, belgas, italianos y escandinavos, su labor en las revistas *Falange* y *Contemporáneos*, que fundó con Ortiz de Montellano, así como su prolífica actividad de conferenciante y escritor reflejada en innumerables discursos y obras de muy variados géneros, le otorgan un prominente lugar en la cultura mexicana por el impulso que de él recibió.

En el plano educativo, se le recuerda como secretario particular de José Vasconcelos, cuando fue rector de la Universidad Nacional y después, siendo aún muy joven, por haber ocupado la dirección del Departamento de Bibliotecas al estrenarse la Secretaría de Educación Pública. Más adelante, el balance de su actuación como titular de la sep lo coloca en un sitio distinguido en los anales de la historia de la educación pública en México, al lado de los secretarios Justo Sierra, José Vasconcelos y Narciso Bassols.

En 1943, al principio de su gestión como principal responsable del despacho de la calle de Argentina, heredó una deteriorada rela-

2 Anasella Acosta Nieto, “Jaime Torres Bodet, gran secretario de Educación poco conocido como escritor”, en *La Jornada*, México, 17 de abril de 2002, p. 5a.

3 Anasella Acosta Nieto, “Jaime Torres Bodet, gran secretario de Educación poco conocido como escritor”, en *La Jornada*, México, 17 de abril de 2002, p. 5a.

ción con los líderes de las diversas organizaciones magisteriales que lo mismo apoyaban que denostaban la educación socialista. Torres Bodet consiguió la colaboración de los maestros y, gracias a su política educativa moderada, rescató la Secretaría que su antecesor, Octavio Vejar Vázquez, casi había destruido con los excesos de la llamada “escuela del amor”. Por entonces, sus esfuerzos se orientaron a dar sentido a la educación mexicana, revelándose buen equilibrista para no caer a la “izquierda” o a la “derecha”, según la exigencia de la política de unidad nacional impuesta en el gobierno de Ávila Camacho, cuando “veinte millones de mexicanos no podían estar equivocados”. Dada la orientación general avilacamachista, organizó el Congreso Unificación del Magisterio que concluyó a fines de 1943 con el surgimiento del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), continuó el esfuerzo vasconcelista, al lanzar una vigorosa “Campaña contra el Analfabetismo”, que estimuló a todos los alfabetos a enseñar a leer y escribir por lo menos a un prójimo; introdujo el enfoque globalizado en los planes y programas de estudio de primaria reformados en 1944, con lo cual se decantaba la enseñanza socialista; estableció el CAPFCE⁴ para multiplicar el número de locales escolares por todo el país; fundó el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, para instruir y titular a profesores que ejercían sin título; elevó los subsidios destinados a la educación superior, algo inusitado en nuestra realidad educativa actual, y dirigió la Biblioteca Enciclopédica Popular, que publicó más de cien volúmenes, así como la obra *México en la Cultura*.⁵

La educación mexicana de los cuarenta y cincuenta fue concebida como instrumento de cambio en el sentido apuntado por los programas de industrialización y crecimiento económico, así como por la ideología conciliatoria o de unidad nacional prototípica de la segunda Guerra Mundial y la posguerra. En ese marco, la templada, urbana y refinada política educativa de Torres Bodet jugó un papel conveniente. Por encargo del “presidente caballero”, el secretario

4 Comité de Administración del Programa Federal de Construcciones Escolares.

5 Pablo Latapí, selección, introducción y notas, *Textos sobre educación*. Jaime Torres Bodet, México, CONACULTA, 1994, p. 18.

de Educación elaboró el texto del artículo tercero constitucional de 1946, que liquidó jurídicamente el último vestigio de la enseñanza socialista e inauguró la todavía vigente orientación democrática y nacionalista de la educación. Para ese mismo año, se había conseguido acallar las críticas, al ofrecer a conservadores e industriales una política moderada con énfasis en la preparación técnica, se complació a la Iglesia, al simular ceguera cuando los sacerdotes abrían escuelas, y se tranquilizó la conciencia liberal, al apoyar públicamente los principios revolucionarios contenidos en la Constitución.⁶

En 1959, al inicio de la administración del presidente López Mateos, cuando volvió al despacho del ex Convento de la Encarnación, Torres Bodet contaba con la experiencia adquirida en su primer periodo y en los años que dirigió la UNESCO. Entonces, volvió a impulsar la campaña de alfabetización, institucionalizada en un sistema nacional de patronatos, y concentró sus empeños en mejorar la cobertura y calidad de la enseñanza primaria para responder al acelerado crecimiento demográfico del país. Al cabo de varios meses de preparación colegiada, el 1 de enero de 1960 se puso en marcha el Plan Nacional para la Expansión y Mejoramiento de la Educación Primaria, mejor conocido como Plan de Once Años, que representó el primer intento de planificación educativa en México. Los objetivos del Programa —atender la demanda real de los niños que solicitaran tener acceso a la enseñanza y completar todos los grados en los centros educativos que no los tuvieran, especialmente en el medio rural—, enfrentaron con un ambicioso proyecto de construcción de casi 40 mil aulas y la creación de 51 mil nuevas plazas para profesores. Para tal propósito se erogarían de manera escalonada durante once años unos 9 mil millones de pesos. La revisión del plan de estudios de la enseñanza primaria condujo a la implantación de uno más actualizado, cuyos objetivos fueron delineados por el mismo secretario de Educación: que el niño conociera su medio físico, económico y social, cobrara confianza en el trabajo hecho por él

6 Ramón Eduardo Ruiz, *México 1920-1958. El reto de la pobreza y el analfabetismo*, México, FCE, 1977, p. 96.

mismo y adquiriera sentido de responsabilidad en la acción común.⁷ A lo largo del sexenio también se reformaron los planes y programas de estudio de preescolar, segunda enseñanza y normal.

Sin duda, la empresa educativa de mayor alcance de su segundo periodo y la más controvertida desde el punto de vista social, fue la elaboración, publicación y distribución de millones de libros de texto gratuitos para la enseñanza primaria. Con fundamento en el artículo tercero constitucional y para lograr una mayor calidad educativa que garantizara en los niños un mínimo de conocimiento y destrezas, se creó la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (CONALITEG) en febrero de 1959, organismo encargado de materializar el ingente proyecto. Los textos que no satisficieron los requisitos ni la calidad deseada, según los términos de la convocatoria del concurso y la opinión de los jurados calificadores, fueron revisados y corregidos finalmente por Martín Luis Guzmán, primer presidente de la CONALITEG, y el propio secretario Torres Bodet.⁸ Sin embargo, la medida fue impugnada no por la gratuidad, sino por el carácter único y obligatorio de los libros. Sus principales detractores, la Barra de Abogados, los líderes del pan y asociaciones de padres de familia, en particular la de Monterrey, invocaron el derecho preferente de los progenitores a elegir el tipo de educación que habría de darse a sus hijos y la ruptura con las prácticas educativas del país. La imprecisa respuesta del secretario, en la que tildó a los opositores de minorías reaccionarias sin autoridad moral, no deslindó la gratuidad de la obligatoriedad, pero sí reafirmó la opción de padres y maestros de recomendar otros textos como obras de consulta. La polémica, que se prolongó durante todo el sexenio, constituyó un motivo de desgaste político para la sep. En todo caso, los textos gratuitos pusieron en juego un elemento de gran valor pedagógico que se transformaría, en virtud del enfoque ideológico-educativo adoptado por cada generación libros, en fuente cíclica de controversias y desahogos sociales.

7 Fernando Solana, Raúl Cardiel Reyes y Raúl Bolaños Martínez, *Historia de la educación pública en México*, México, SEP/FCE, p. 378.

8 Secretaría de Educación Pública, *Obra educativa en el sexenio 1958-1964*, México, 1964, p. 61.

El conflictivo y celebrado asunto de los libros de texto gratuitos no impidió coronar el esfuerzo educativo con algunas otras realizaciones. Se impulsó la educación técnica por la vía de duplicar el Instituto Politécnico Nacional (IPN) con la Unidad Profesional Zacatenco, crear los centros de capacitación para el trabajo industrial y agropecuario, y formar maestros para la enseñanza técnica.⁹ Asimismo, se desplegó una intensa labor de difusión cultural y obra museográfica. Los mexicanos que fuimos niños en la década de los sesenta debemos al empuje cultural de Jaime Torres Bodet el Museo Nacional de Antropología e Historia y el Museo de Arte Moderno, ambos ubicados en Chapultepec al igual que la Galería Histórico Didáctica “La lucha del pueblo mexicano por su libertad”, denominada popularmente Museo del Caracol por la forma helicoidal de su planta. La habilitación del ex Convento de Tepotzotlán y el de los antiguos padres dieguinos, frente a la capitalina Alameda Central, convertidos en Museo Nacional del Virreinato y en Pinacoteca Virreinal (hoy absorbida por el Museo Nacional de Arte (MUNAL), completaron la sensible obra que permitió mayor roce con nuestro pasado.

Diez años después de haber cumplido su segundo periodo como secretario de Educación, al cabo de una vida colmada de honores y distinciones de todo género, Jaime Torres Bodet prefirió ir al encuentro con la muerte cuando aún se percibía hombre completo. No quiso inspirar piedad, se suicidó el 13 de mayo de 1974.¹⁰ Si es válida la satírica apreciación de Salvador Novo: Jaime no tuvo vida, sino biografía; entonces, esta breve reseña puede considerarse doble biografía.

9 Secretaría de Educación Pública, *Obra educativa en el sexenio 1958-1964*, México, SEP, 1964, pp. 92-102.

10 Elena Poniatowska, “Las enseñanzas de Torres Bodet /I”, en *La Jornada*, México, 5 de mayo de 2002.

LA HISTORIA Y SU ENSEÑANZA:
EL “VALOR INFINITO DE CADA MOMENTO”

Los principales rasgos que Torres Bodet atribuyó a la historia y su enseñanza, según se desprendían de la orientación educativa que él había trazado idealmente para la democracia desde la década de los cuarenta, eran su capacidad de renovación constante, su confianza en las fuerzas múltiples del espíritu y la equilibrada coordinación de los elementos del relato para mostrar la riqueza y la complejidad de la vida humana. Estos axiomas contrastaban con el determinismo que creía advertir en la obra de Oswald Spengler, en particular con lo que él calificó de pesimismo fundamental y materialismo invulnerable a las transformaciones liberadoras del pensamiento. También observó que sus postulados eran opuestos a los esbozados por Alfred Rosenberg, uno de los principales doctrinarios del racismo nazi, para quien los factores físicos de la sangre y de la tierra resultaban decisivos en el derrotero de los acontecimientos humanos y abrían paso a la clasificación de los países en pueblos-amos y pueblos-servos. Los geopolíticos, así llamó Torres Bodet a los partidarios del determinismo en la historia, proclamaban que toda nación indigna de ser martillo se convertía en yunque de los demás y su visión decadente de la cultura occidental alentaba la consolidación de dictaduras. Tales interpretaciones, en su opinión, servían a intereses de partido o de grupo, y persuadían a aceptar que cada civilización está inflexiblemente determinada por su propia historia.¹¹

La enseñanza de la historia, como la de cualquier otra materia de estudio, debía tener sentido ético, fundamentalmente porque, en opinión de Torres Bodet, el carácter real de la historia estriba en participar en la historia misma y la idea del pasado constituye un valor auténtico cuando el ser humano la aprovecha en la construcción del porvenir. En la historia, inscrita dentro de las disciplinas de la cultura, había que evitar dos extremos: la aspiración de encerrarlo todo en el círculo de la asimilación personal y la propensión a prescindir

11 Jaime Torres Bodet, *La enseñanza de la historia*, en Valentina Torres Septién (antologadora), *Pensamiento educativo de Jaime Torres Bodet*, México, SEP-Ediciones El Caballito, 1985, pp. 49-50.

de orientadores del juicio como la patria, el respeto a las instituciones o la intención de mejoramiento del país. El término medio entre ambas posturas permitiría a la enseñanza de la historia convertirse en factor para comprender el presente y concebir el futuro sin dogmatismos.¹²

Contra la tentación de asumir la excesiva sistematización y la objetividad histórica como principales criterios de interpretación, Torres Bodet acudió al historicismo, en especial al propuesto por Benedetto Croce, para subrayar el inevitable interés ético y político inmerso en cualquier visión de la historia. Desde esta posición quiso denunciar la pretensión de quienes, en nombre del ideal de concordia, relataban la historia del pueblo mexicano prescindiendo del esfuerzo por alcanzar sus libertades. El interés por contar la historia desechando las pasiones, ideas y juicios preconcebidos, se transformaba con facilidad en actitud opuesta a la naturaleza de la historiografía que era descripción del pasado que daba plena participación a los hechos de la vida. Abolir odios en la redacción de los libros de historia patria y arrancar de los textos las páginas negativas, parecían a Torres Bodet objetivos plausibles, siempre y cuando no se terminara por extender sobre el pasado un velo hipócrita que a las nuevas generaciones daría una impresión descastada de nuestra historia que, a su vez, conferiría a los héroes de México una condición de protagonistas sin contenido, de seres que pelearon contra fantasmas.¹³

Asimismo, la ambición de una paz duradera y de una unidad sólida y constructiva para el país no se conseguiría ocultando yerros, sino presentándolos sin rencores y procurando enmendarlos con dignidad. La epopeya del ser humano, es decir, su historia misma, era producto de ascensos y caídas, derrotas y victorias, en cuyo resultado se labraba un destino independiente. Entonces no había

12 Jaime Torres Bodet, *La enseñanza de la historia*, en Valentina Torres Septién (antologadora), *Pensamiento educativo de Jaime Torres Bodet*, México, SEP-Ediciones El Caballito, 1985, pp. 50-52.

13 Jaime Torres Bodet, *La enseñanza de la historia*, en Valentina Torres Septién (antologadora), *Pensamiento educativo de Jaime Torres Bodet*, México, SEP-Ediciones El Caballito, 1985, pp. 52-54.

motivos válidos para respaldar el deseo de registrar esa epopeya con “pluma inerte” y “tinta incolora”. Contra tal propensión, rememoraba Torres Bodet, el maestro Justo Sierra en 1910, en su discurso inaugural de la Universidad Nacional, había condenado la banalidad de erigir una escuela como templo donde se adorara a una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo; en su lugar, más valdría venerar una Atenea y una Clío *Promakos*, símbolos de la ciencia y la historia defensoras de la patria. Para que la historia se convirtiera en estudio que resguardara al pueblo de las violencias externas y de los egoísmos y venalidades internas, se debía cuidar que la simulación no brindara escudo a las fuerzas del retroceso y que la vocación del progreso no invocara la pasión exclusiva, la propaganda personal y la difusión de lo exótico y lo mendaz.¹⁴

A fin de completar el cuadro de su visión de la enseñanza de la historia, Torres Bodet se detuvo en dos observaciones. Primera, cuanto más honda y fundada era una convicción, más obligaba a confrontarla con las de los demás. México era un todo, y una visión incompleta de los motivos y razones que algunos grupos sociales tuvieron para vivir y luchar eliminaría de nuestra historia un elemento crítico necesario. En este sentido, la amplitud de los estudios no era lujo, sino condición primordial y deber común. Segunda, la conveniencia de no enfocar los acontecimientos de nuestro pueblo en un escenario aislado, hermético y sin contacto con las realidades del mundo. Ningún país vive nunca solo y desvinculado de los problemas que afectan y mueven a toda la humanidad. Sin duda, era de suma importancia transmitir a los capítulos de la historia de México la dimensión de lo humano por relación con lo universal.¹⁵

Para rematar, Torres Bodet evoca una escena de *Fausto*, aquella en la que del espejo encantado en que se miraba el sabio surgía el futuro. Después de todo, la historia bien enseñada debía ser espejo

14 Jaime Torres Bodet, *La enseñanza de la historia*, en Valentina Torres Septién (antologadora), *Pensamiento educativo de Jaime Torres Bodet*, México, SEP-Ediciones El Caballito, 1985, pp. 54-55.

15 Jaime Torres Bodet, *La enseñanza de la historia*, en Valentina Torres Septién (antologadora), *Pensamiento educativo de Jaime Torres Bodet*, México, SEP-Ediciones El Caballito, 1985, pp. 55-57.

activo, en cuya superficie el pasado explicara el presente y augurara, hasta donde las previsiones fueran razonables, la continuidad en lo por venir. Tal espejo no requería mayor artificio que la luz sobre él proyectada de la investigación, la integridad de la información, el respeto por la justicia y la devoción social por la libertad. Torres Bodet estimó que detrás de esas cualidades, presentes en la obra de los grandes historiadores, se encontraba la médula del contenido de la vivencia de dos frases atribuibles a Goethe: “no se conoce bien sino lo que se ama”, “cada momento tiene un valor infinito, pues representa toda una eternidad”.¹⁶

LA EDUCACIÓN CÍVICA Y EL DISEÑO FORMAL DEL CIUDADANO

La importancia conferida a la formación cívica en las escuelas secundarias sostenidas por la sep en el Distrito Federal llevó en 1944 a realizar ajustes al plan de estudios: de dos se pasó a cuatro horas de estudio en los cursos de civismo impartidos en cada uno de los tres grados. Para ampliar el tiempo concedido a la asignatura fue indispensable modificar todo el horario escolar y atajar las solicitudes de los profesores de otras disciplinas, quienes deseaban reforzar sus programas de manera análoga. Al respecto, se enfatizaba la urgencia de mejorar la calidad y buscar métodos modernos de enseñanza para hacer de las clases de civismo algo provechoso para los alumnos y útil para el país. Los objetivos establecidos en los programas de civismo eran que los alumnos, en el primer grado, adquirieran un sentido coherente de los que es el ser humano en la sociedad; en el segundo, que apreciaran las repercusiones de los fenómenos económicos en la interdependencia humana y, en el tercero, que estudiaran qué es el Estado, los elementos que conforman una nación, las formas de gobierno y cómo define la Constitución la organización política y administrativa de la República. Se recomendaba, asimis-

16 Jaime Torres Bodet, *La enseñanza de la historia*, en Valentina Torres Septién (antologadora), *Pensamiento educativo de Jaime Torres Bodet*, México, SEP-Ediciones El Caballito, 1985.

mo, atender en los tres cursos la realidad concreta del país, planteando los problemas políticos y sociales con criterio democrático para despertar en los estudiantes el deseo por continuar y perfeccionar las mejores conquistas registradas en nuestra historia respecto a la libertad y equidad.¹⁷ En sus comentarios al programa, Torres Bodet previno contra la esperanza jactanciosa de convertir la enseñanza del civismo en sociología, economía política o filosofía del derecho, para lo cual era ineludible conocer los propios límites y no pretender que alumnos de 12 o 13 años iniciaran con rigor estudios que requerían más largo aliento y eran motivo de desarrollo en escuelas superiores. No obstante, tan infecundo resultaba recargar a los adolescentes con exposiciones inadecuadas para su edad como creerlos ajenos a la curiosidad humana de lo que percibían a su alrededor con sólo oír conversaciones de sus amigos y de sus padres, o con sólo pasear la mirada sobre los títulos de los periódicos. Además, le parecía imposible que frente a un sacudimiento tan formidable como el representado por la segunda Guerra Mundial hubiera profesores de civismo incapaces de llenar las cuatro horas por semana señaladas por el plan de estudios adoptado.¹⁸

En congruencia con su discurso educativo, para Torres Bodet la cuestión relativa al mejor desempeño docente radicaba en la actitud habitual del maestro más que en lo atinado de su discurso. Por eso mismo, la autoridad del educador no la otorgaba la institución escolar mediante el nombramiento, sino su carácter y su competencia. Nada desmoralizaba más a los estudiantes que la falta de concordancia entre la conducta y el saber de sus profesores. Así, los esfuerzos debían encaminarse a formar y ser buenos ciudadanos, a no reducir la educación cívica a las clases de civismo y a reacondicionar la escuela en su conjunto como ámbito de formación de los adolescentes para que asumieran con honor la ciudadanía mexicana. Esto condujo al secretario de Educación a una primera consecuencia: la

17 Jaime Torres Bodet, "Educación Cívica", en Pablo Latapí, selección, introducción y notas, *Textos sobre educación. Jaime Torres Bodet*, México, CONACULTA, 1994, pp. 383, 386.

18 Jaime Torres Bodet, "Educación Cívica", en Pablo Latapí, selección, introducción y notas, *Textos sobre educación. Jaime Torres Bodet*, México, CONACULTA, 1994, pp. 386-397.

actuación del maestro de civismo debía obedecer a un plan general de la escuela entera, en donde la comunidad y en especial los directores tenían que asumir en cualquier momento su responsabilidad. Los profesores de historia en particular coordinarían sus actividades de orientación y atraerían su atención sobre los lazos que era preciso afianzar y multiplicar entre las lecciones del pasado y las de civismo.¹⁹

A juicio de Torres Bodet, la educación cívica no consistía en enterarse sólo de nuestras leyes y del funcionamiento de las instituciones del país, sino en obtener conciencia de libertad, de las obligaciones de la sustentan y la encauzan, de la cual se derivaría un comportamiento que no admitiría que los hechos revelaran un vergonzoso divorcio entre las reglas y el ejemplo, entre los principios y la actuación de vida. De aquí el apremio por ligar la práctica a la doctrina en la enseñanza del civismo y de solicitar a los docentes de la materia no reducirse jamás a la exposición oral, antes bien, animar esa exposición con investigaciones y actividades que acentuaran en el alumno la formación segura del ciudadano.²⁰

Dada la psicología del adolescente, proclive a la generosidad y a la acción social, era menester aprovecharla en favor de la educación cívica. No pocas cuestiones sociales planteaba la realidad a la inteligencia del adolescente. La heterogeneidad del medio invadía su casa, rodeaba sus actos y pesaba sobre su espíritu. La insolente riqueza y la miseria absoluta, afirmaba Torres Bodet, se cruzaban a su paso en las calles o a las puertas mismas del colegio. La pobreza, el analfabetismo, la democracia, la independencia política y económica, así como el abismo entre decir y hacer, eran interrogantes que difícilmente se podían presentar a los estudiantes como temas fríos e impersonales de una lección. Para plantear los problemas no se

19 Jaime Torres Bodet, "Educación Cívica", en Pablo Latapí, selección, introducción y notas, *Textos sobre educación. Jaime Torres Bodet*, México, CONACULTA, 1994, p. 384.

20 Jaime Torres Bodet, "Educación Cívica", en Pablo Latapí, selección, introducción y notas, *Textos sobre educación. Jaime Torres Bodet*, México, CONACULTA, 1994, p. 385.

requería tanto de fórmulas de oratoria cuanto del establecimiento de datos sin conformismo ni violencia.²¹

El conocimiento de la realidad social y educativa obligó al secretario de Educación a exhibir como única la oportunidad de formar en los colegiales de secundaria conciencia cívica, pues muy pocos de ellos tendrían las condiciones materiales para seguir estudios de nivel superior y con ello depurar su vocación ciudadana. El incumplimiento de los objetivos de la formación cívica y los de la educación en su conjunto equivalía a aceptar que los desajustes de la vida siguieran entregando a la sociedad obreros insatisfechos, empleados torpes, comerciantes precarios, carne de eterna improvisación. Pero si la realidad económica hacía inevitable el salto de la escuela secundaria a las confrontaciones de la existencia, era factible robustecer en el aula el vigor moral de quienes estaban obligados a una inmersión inmediata y terrible en la lucha por la vida. Por eso, el programa de la secundaria más que instructivo debía ser educativo, y el núcleo de tal función tenía que localizarse en la formación cívica. Los alumnos podrían abrazar una gama considerable de profesiones y ocupaciones remuneradas, pero indefectiblemente tendrían que ser hombres y mujeres, sujetos de obligaciones y derechos, miembros de una nación que necesitaba ser defendida, honrada, perpetuada y prestigiada.²²

En cada obstáculo o problema nacional se podía descubrir un error o falta de educación cívica adecuada. No bastaba enseñar a ser ciudadano trabajador, respetuoso de las leyes y de las instituciones, importaba sobremanera que el alumno aprendiera a sentir que lo mejor del ciudadano era ser íntegro, capaz de comprender y estimar a todos los seres humanos más allá de cualquier sectaria parcialidad. El catálogo de cualidades del ciudadano mexicano confeccionado por Torres Bodet, aunque amplio y muy ambicioso, estaba diseñado para cumplir la misión de cualquier ideal: impulsar la realidad

21 Jaime Torres Bodet, "Educación Cívica", en Pablo Latapí, selección, introducción y notas, *Textos sobre educación. Jaime Torres Bodet*, México, CONACULTA, 1994, p. 387.

22 Jaime Torres Bodet, "Educación Cívica", en Pablo Latapí, selección, introducción y notas, *Textos sobre educación. Jaime Torres Bodet*, México, CONACULTA, 1994, p. 388.

hasta el borde de sus propios límites. Entre los posibles tipos de ser humano, revestido de virtudes ciudadanas, eligió a un individuo leal, honrado, limpio, enérgico y laborioso; exento de complejos de inferioridad; enemigo de la mentira, veraz con sus semejantes y consigo mismo; fiel a sus palabras; que sin necesitar engañarse, quisiera a su patria entrañablemente pese a los males y flaquezas que la agobiaban; digno de comprender esas flaquezas y males, no para exagerarlos con ironía o pesimismo, sino para corregirlos con trabajo, sacrificio y virtud. Asimismo, se esperaba de esta imagen de ciudadano ejemplar que no se cruzara de brazos ante las dificultades, esperando ser salvado por un golpe tardío de suerte, un medro ilegítimo o una astucia vil; no abdicara de sus derechos por timidez o negligencia, pero que tampoco los ejerciera abusivamente; supiera que sin el cumplimiento de sus deberes cualquier derecho resulta privilegio exclusivo; amara la vida y la enalteciera; se juzgara a sí mismo antes que a los otros y fuera capaz de juzgar a las cosas y a los seres humanos con independencia y rectitud; supiera que el destino de los pueblos coloca por encima de la libertad obtenida como legado una libertad superior, la que se merece.²³

Semejante modelo de ciudadanía fácilmente podía ser descalificado por no fincarse en la vida concreta. Sin embargo, Torres Bodet, previniendo tal censura, consideró que la imagen propuesta era la representación de una voluntad de “idealismo práctico”, acentuada y robustecida por el deseo de trabajar en la realidad. La humanidad de entonces, y de cualquier tiempo, necesitaba creer en sus ideales y entender que si se elogian y no se acatan terminan siendo, tanto para las personas como para los países, hipocresía, confesión de incapacidad y máscara de impostura. La realidad misma se encargaba de demostrar que toda conducta desprovista de normas equivalía a la más instintiva de las barbaries, y que normas que se formulan y no se aplican se vengán siempre, tarde o temprano, de quienes las ostentan.

23 Jaime Torres Bodet, “Educación Cívica”, en Pablo Latapí, selección, introducción y notas, Textos sobre educación. Jaime Torres Bodet, México, CONACULTA, 1994, pp. 388-389.

tan para uso y escarnio de los ingenuos.²⁴ Por tanto, el compromiso esencial de la escuela era enseñar a conocer y a querer los objetivos más puros de la comunidad y, en tal caso, la educación pública en México no debía dar cabida a maestros incapaces de dotar a su actividad docente de aquello que Torres Bodet denominó sentido ético superior.

24 Jaime Torres Bodet, "Educación Cívica", en Pablo Latapí, selección, introducción y notas, *Textos sobre educación. Jaime Torres Bodet*, México, CONACULTA, 1994, p. 389.